



UNIVERSIDAD CATÓLICA DE SANTA FE  
Secretaría Académica

Mensaje a la Facultad de Arquitectura en ocasión  
del “Día del Arquitecto Argentino”

Santa Fe, 01 de julio de 2016.-

Sr. Decano, Vicedecano  
Secretarios Académicos y de Gestión  
Docentes, No Docentes y Alumnos:

**La educación es una responsabilidad que nos deja siempre en evidencia. No se trata solo de responder por lo que se enseña, con aquella precisión que garantiza que reflejemos conocimientos tal cual han sido originariamente producidos y, por su parte, que los mismos respondan adecuadamente al modo en que con ellos se han podido resolver los problemas a los que pretendieron dar una respuesta histórica.**

La responsabilidad a la que me refiero tiene que ver con la aptitud de alcanzar a suscitar estudiantes que respondan por su talento en el orden de las disciplinas objeto de formación y que desarrollen un espíritu creativo que los deje de manifiesto a ellos mismos como auténticos hacedores que marquen tendencias, los habilite a ser referentes en sus campos y que animen a otros a emprender un camino de iniciativa, de sueños y de testimonio acerca de todo lo que es posible alcanzar.

Enseñar desde la primera perspectiva, la de la transmisión aséptica, es fácil; la segunda dimensión, es harto difícil, porque supone un involucramiento total donde virtudes y vulnerabilidades personales se demuestran y constituyen recursos pedagógicos inmensos para la vida misma de nuestros estudiantes.

**José Ferrater Mora en su trabajo “*Filosofía y Arquitectura*” (1955), afirma “Ignoro si una obra de arte nos informa sobre el mundo o simplemente acerca de nosotros mismos”. Teniendo la oportunidad de conocerlos, compartir el proyecto educativo que eligieron y el modo en que pretenden hacerlo parte de una respuesta institucional como Universidad Católica, creo que desde el interrogante de este autor, ambas realidades son las que pueden ser manifestación de todo lo que somos a la hora de realizar la obra, como proyecto y como testimonio.**

**Entre las consideraciones que el autor que cité con anterioridad me ofrece, me atrajo la particular referencia que realiza al modo en que “se ha mostrado a veces que la filosofía de las Formas, común a Platón y a Aristóteles, en el ápice del pensamiento griego clásico, no era ajena a la arquitectura fuertemente escultórica de la época. La tendencia de los filósofos helénicos clásicos a considerar las Formas como modelos, su inclinación a visualizar las ideas en imágenes, su fuerte propensión a equiparar lo real a lo perfecto, lo perfecto a lo complejo y lo completo a lo limitado, pueden ser, así, relacionadas con la tendencia de los arquitectos**



# UNIVERSIDAD CATÓLICA DE SANTA FE

Secretaría Académica

**griegos a producir obras de arte máximamente cerradas en sí mismas, existentes en un espacio propio y, por consiguiente, concebibles como poseedoras de un lugar en vez de estar simplemente situadas en un espacio”.**

La “forma como modelo” y la “obra como poseedora de un lugar” me sustraen entre estas caracterizaciones del pasado que bien pueden ser oportunidad para vincularlas con el desarrollo de los talentos (cfr.Mt.25, 14-30) como esfuerzo existencial de cumplir la vocación como significado de una vida que no es casual.

Es importante alcanzar a visibilizar y escrutar el corazón del que llega a la Arquitectura para requerirle su contribución. La mirada atravesada por el otro, obliga a integrar la capacidad de interpretar la necesidad y de hacer de la respuesta “algo más” que un desarrollo técnico, sino toda una respuesta a la integralidad de quien llega al Arquitecto. Jaime Parra en su trabajo *“La relación entre arquitectura y filosofía”* (2009), nos recuerda que *“Heidegger ve la casa de uno como el lugar donde cobran forma nuestros gustos y disgustos, nuestros hábitos y aversiones. Nuestras pasiones e indiferencias. Que, por supuesto, impregnan la casa”,* en definitiva, *“...cualquier objeto que esté en contacto nuestro acaba por llenarse de nuestro carácter; como si cobrara vida...”*. Aunque por caminos diferentes (y con conclusiones diferentes) no puedo dejar de rescatar en la referencia hecha el valor de la “marca” del hombre en los recursos y espacios intervenidos que nunca reflejan solamente la concepción de quien pide un servicio profesional, sino que también revelan la significancia que a esa necesidad le otorga quien la cubre.

Aceptando la íntima relación con el arte, y refiriéndose a los futuristas italianos y a los vanguardistas, este autor destaca que el siglo XX importa un arte deshumanizado donde - con referencia a la película “Metrópolis” de Fritz Lang- existen *“Ciudades así favorecen el desarraigo, no soy de aquí ni de ningún sitio, favorecen la mediocridad, la aparición de hombres grises”*.

El llamado parece ser reconocible en la posmodernidad bajo un pesimismo marcado *“el hombre ya no se mira en el espejo de Prometeo, sino que emula a Hamlet. Así que tampoco se nos puede pedir que construyamos pirámides, catedrales o palacios. Ni el Escorial, el Arco del Triunfo o la Sagrada Familia. Nos falta grandeza; también fe para creer perdurar en nuestras obras”*.

Los animo a ser educadores de la grandeza del significado como una magnitud cualitativa y no cuantitativa, para seguir siendo fieles a la tarea conformada con un mensaje que puede ser un valor diferenciado en el medio, pero especialmente, en la vida de cada uno que nos eligió como parte de su propia vida.

Abog. Esp. José Ignacio Mendoza  
Secretario Académico del Rectorado